

EL SABIO EN LA ISLA

Mallorca, 1801-1808

Del mismo modo que durante su solapado destierro a Gijón, ni el 13 de marzo de 1801 ni nunca jamás hubo acusaciones formales, juicio, sentencia ni posibilidad alguna de defensa legal ni reposición para quien había sido ministro de Gracia y Justicia y el mejor de los magistrados de su tiempo: sólo una orden de arresto, la casi vandálica confiscación de todos sus papeles privados y el traslado inmediato a un destino desconocido. El mismo regente de la Audiencia, Andrés de Lasaúca, que había remitido informes en absoluto desfavorables sobre Jovellanos al ministro Caballero fue el encargado de ejecutar la detención con todo el rigor que se le había exigido: don Gaspar fue sacado de su cama al amanecer, se le vetó todo trato con sus allegados y apenas se le dejaron unas horas para resolver la mínima intendencia antes de salir de Gijón, al día siguiente, con oprobiosa exhibición del prendimiento y la escolta.

Tras una primera parada en el convento de San Francisco de León, donde el prisionero permaneció incomunicado durante diez días, la comitiva cruzó el norte de Castilla, La Rioja y Zaragoza, rumbo a Barcelona. En una curiosa maniobra de enmascaramiento que Jovellanos urdió para poder redactar sus apuntes de viaje, el mismo agente judicial que le custodiaba figuró como autor del minucioso diario de viaje que registró aquel mes de trayecto; y, a juzgar por las afectuosas palabras con que se cierra el dietario, la relación de Lasaúca con el reo fue más bien que la de un carcelero la de alguien que le profesa afecto y que seguramente llegó a persuadirse de la inocencia de su custodiado: una conversión que iba a darse con significativa frecuencia en los años de cautiverio que se le venían encima a don Gaspar. Al cabo de unos días de confinamiento en el con-

vento barcelonés de la Merced —en el que, según una críptica alusión posterior, don Gaspar recibió la visita de su fiel amigo González de Posada disfrazado de religioso—, Jovellanos era embarcado hacia Palma de Mallorca. Arribó a la isla el 18 de abril de 1801. No volvería a salir de ella hasta siete años, un mes y un día después.

El destierro y encarcelamiento del ex ministro formaban parte de la última y desesperada acción —o, más bien, *reacción*— de Carlos IV y un regenerado Godoy para consolidar un poder en declive en un país en declive, una vez reestablecida la alianza del favorito con los mismos poderes que había intentado neutralizar en su época «ilustrada». Saavedra, Urquijo, Meléndez Valdés, la condesa del Montijo y los obispos y religiosos más reformistas fueron objeto de una campaña de difamaciones, delaciones anónimas, destierros y encarcelamientos en la que Jovellanos iba a llevar con mucho la peor parte. Se le había acusado ante los reyes de encabezar junto a Urquijo y un grupo de «secuaces» un «complot» contra la corona y la Iglesia católica, alineado con los genéricamente tildados de «novatores» y los no menos inespecíficamente acusados de «jansenistas»; en realidad, partidarios de reformas estructurales en la Iglesia que iban desde las posiciones del jansenismo propiamente dicho hasta los defensores de medidas desamortizadoras, los críticos ilustrados de la religiosidad empobrecida, exterior y vacía o quienes fustigaban a un clero inoperante, ocioso y alejado de sus sagradas funciones.

Una obra maestra de la inquina

En el caso concreto de Jovellanos, el desencadenante de las acciones contra su persona bien pudo ser una feroz delación anónima puesta en manos de Carlos IV por el ministro Caballero, quien incluso se había cuidado de maquillar formalmente su maniobra solicitando a la Audiencia de Oviedo aquel mismo informe en el que el regente Lasáuca distaba mucho de corroborar ninguna de las acusaciones que se lanzaban contra don Gaspar.

El documento, una auténtica sima de la inquina y la maledicencia, había sido seguramente urdido a medias por sus enemigos en Oviedo y en Madrid, y no dejaba ningún flanco por atacar. Se acusaba a Jovellanos de gravísimos cargos entre la conspiración y la herejía (propalar la «mala doctrina» desde el «partido de esos que llaman Novatores», disparar «tiros contra la cabeza de la Iglesia, procurándola destruir»); se le imputaban sus presuntos favoritismos como ministro («no disimulado espíritu de partido y afición hacia sus paisanos y secuaces»); se le describía como una especie de tirano o virrey absoluto campando a sus anchas en Asturias («le llaman públicamente el Jovino, esto es, el Dios») arropado por sus «muchos partidarios, y al presente poderosísimos» y sin empacho para hacerse construir un «magnífico monumento, riquísimamente construido» con una inscripción escandalosa, redactada por él mismo (en realidad, el modesto monumento erigido por la Universidad en Oviedo con motivo de su ascenso al Ministerio, cuya inscripción se tergiversaba burdamente al gusto del delator). Respecto al Instituto, se lo describía como una escuela «de disolución, de vicios, de libertad e independenciamiento, a la que sólo concurren los niños y los jóvenes más despreciables». Hasta el carácter de Jovellanos era objeto de acusación —su «verbosidad y ornato», su «soberbia», una «ambición» que «en nada se sacia» y un «enfadoso orgullo»—, y el «chivato» encontraba denunciables incluso las acciones públicas que a don Gaspar le correspondían en calidad de alférez mayor de Gijón, como desfilar «a la derecha de la Justicia» en la procesión del Corpus.

A la vista de todo ello, el propio delator sugería en su denuncia, sin mediación de proceso judicial alguno, la sentencia para semejante cascada de cargos contra Jovellanos: «Parece que el mejor medio sería separarle, sin que nadie lo pudiese penetrar, muy lejos de su tierra, privándole toda comunicación y correspondencia». Así se cumplió con todo escrúpulo, igual que si el judas ejerciese también la más alta magistratura.

Horacio en Valldemossa

La insularidad de Mallorca permitía imponer a rajatabla los requisitos dictados por la «sentencia»: un lugar donde mantener al reo apartado, incomunicado y con el Mediterráneo de por medio, a modo de muro geográfico y casi mental, a la espera de que el olvido cayese pronto sobre un caso que estaba despertando sentimientos de simpatía e incredulidad en numerosos sectores del país, añadiendo un motivo más al enorme descontento popular contra los reyes y Godoy. Los muros verdaderos del cautiverio serían inicialmente los de la real cartuja de Valldemossa, sustituidos al cabo de un año por los más robustos y vigilados del castillo de Bellver, en Palma.

El monasterio estaba en aquel momento ocupado por medio centenar de cartujos que acogieron a su forzoso invitado con hospitalidad, y muy pronto con afecto personal. Después de unos días de voluntario apartamiento y reflexión, y merced a la benevolencia de los monjes, don Gaspar emprendió los primeros intentos por salvar su aislamiento y defender su inocencia con su habitual y perfectamente inocente valentía. Lo hizo dirigiéndose directamente a quien consideraba, si no responsable directo, sí ejecutor material de la orden de cautiverio: el mismísimo Carlos IV. En vano: los dos despachos en los que el reo declaraba su inocencia, denunciaba las vejaciones y la confiscación de sus papeles y libros, enumeraba sus servicios y méritos y demandaba juicio público y opción a una defensa igualmente pública jamás llegarían a su destino; el primero por la dejación de su pariente, el marqués de Valdecarzana, que no hizo entrega de la carta que a su vez le había entregado el leal Saavedra; y la segunda a causa de su interceptación y confiscación, que costó el encierro al mayordomo y correo de don Gaspar, José Sampil. Ello no impidió que algunas copias, probablemente difundidas a través del obispo Tavira y otros amigos de Jovellanos, llegaran a difundirse por toda España casi como un moderno romance de desterrado.

Otras misivas enviadas desde Valldemossa tuvieron más fortuna. Don Gaspar logró hacer llegar algunas a amigos y allegados, incluida la primera *Epístola a Posidonio*, dedicada

al canónigo Carlos González de Posada. Mirándose en el espejo de Horacio, Jovino compuso en ella uno de sus mejores poemas, en el que honra la amistad, defiende su inocencia, recuerda en tono elegíaco su lejana Asturias, se duele por el destino del Instituto y, sobre todo, enarbola la victoria de la libertad de conciencia y de la virtud; de aquello que «nunca / podrá ser entre muros ni con hierros / encadenado ni oprimido». «Mi alma en tal conflicto / contrastada será, más no vencida», proclamaba Jovellanos; y recordaba al destinatario de los versos —y posiblemente también a sí mismo— que «con la virtud, con la inocencia nunca/ morará el infortunio». La *Epístola* era, por tanto, un memorial en conciencia de virtudes y méritos, tanto privados como públicos, en el que —ante Posidonio pero también ante sus enemigos y ante el mundo—, don Gaspar perfilaba un virtuoso autorretrato.

Y no sólo eso: en estos versos, Jovino hacía también un ejercicio de humildad y resignación tan cristianos como estoicos entregándose al dictamen de la Providencia, sea el que fuere, «sin susto y sin afán»; un alma inocente anunciando que «la horrenda ruina / escuchará impertérrita» con ecos del *impavidum ferient ruinae* de las *Odas* horacianas. Pero, a diferencia del cristianismo y el estoicismo, Jovellanos no olvidaba en su *Epístola* de proclamar que el patrimonio que le permitía afrontar su desgracia con tal decoro era su propia libertad; aquello de lo que se le había privado externamente pero que seguía poseyendo en su interior. Una libertad que —dejó escrito en aquellos días desdichados— «es para muchos es el primer bien y para mí, desde luego, el más grande después de la virtud y la honra».

Cartas, versos y meditación no fueron las únicas ocupaciones de don Gaspar en su año cartujano. La misma primavera de su llegada a Valldemossa, burlando una vez más el aislamiento, había tenido noticia de un premio convocado por la Real Sociedad Económica mallorquina. Para concurrir a él escribió una *Memoria sobre educación pública* en la que reexponía sus viejas ideas sobre la perfectibilidad del ser humano mediante la educación, su toma de partido por una educación gratuita, pública, libre y abierta e incluso pergeñaba una espe-

cie de clasificación de las ciencias. Hiperactivo y servicial como de costumbre, Jovellanos ordenó la biblioteca del monasterio, impartió alguna instrucción a los cartujos y se preocupó por realizar contribuciones para la mejora de la cartuja e incluso el auxilio de los necesitados del lugar.

Influido por la actividad cotidiana de los monjes, el prisionero comenzó además a interesarse por la botánica de la mano del boticario del convento, y llegó a trabajar en el huerto cartujano. Junto con los paseos que se le toleraron por los alrededores del monasterio, esa gratificante actividad significó el comienzo de un reencuentro con la naturaleza, de la que don Gaspar tanto había disfrutado en paseos y excursiones. Cuando el cautiverio volviese a relajarse al cabo de unos años, a ella se volvería cada vez con mayor insistencia y una sensibilidad más profunda en busca de consuelo, no sólo para su encierro sino también para el desengaño de su idealismo humanista e ilustrado; algo así como una asunción en propia carne del consejo que él mismo había prescrito unos años antes: «¡Hombre! Si quieres ser venturoso, contempla la naturaleza y acércate a ella; en ella está la fuente del escaso placer y felicidad que fueron dados a tu ser».

La conquista de Bellver

Todo ello no impidió que los rigores de la vida monacal y los pesares acumulados empeorasen notablemente los achaques con los que el cincuentón don Gaspar había arribado ya a Mallorca: úlceras, cefaleas, dolores inflamatorios, cataratas y disfunciones intestinales movieron a los monjes a pedir algunas licencias para suavizar el encierro y el propio Jovellanos llegó a apelar a la clemencia del ministro Caballero para permitirle su regreso a Asturias. Lejos de ello, en mayo de 1801, enterado de los alivios que el prisionero había encontrado en Valldemossa, su sucesor endureció las condiciones del cautiverio: don Gaspar, siempre junto con su mayordomo Domingo García de la Fuente y su amanuense Manuel Martínez Marina, fue trasladado al castillo de Bellver, en Palma de Mallorca. Tras sus

gruesos muros se reforzó la vigilancia del prisionero y se le impidió no sólo recibir visitas o comunicarse con el exterior, sino también disponer del más mínimo recado de escribir. La situación había trascendido internacionalmente, y había llegado incluso a inducir al joven diputado inglés Lord Holland, rendido admirador de don Gaspar, al que había conocido tiempo atrás, a planear dos intentos de rescate, uno de ellos contando con el mismísimo almirante Nelson, que el propio prisionero rehusó.

Por fortuna para don Gaspar, de nuevo las restricciones irían siendo progresivamente incumplidas; pero ello no sucedió antes de unos meses especialmente duros en los que hubo de recurrir a todo su temple y a sus referencias espirituales más profundas —la *Biblia*, la *Imitación de Cristo*, su invariable *Cicerón*, a quien siempre tuvo como maestro y referencia— para soportar la indignidad, el aislamiento y la enfermedad. La idea de la muerte era inevitable. Prudente, el 3 de junio solicitaba un permiso para cartearse con su hermana Josefa a fin de discutir los detalles de su testamento.

Con la colaboración de los oficiales de la guardia de los regimientos Suizo y de Borbón, cada vez mejor avenidos con su sereno y docto prisionero, el panorama empezaría a mejorar el año siguiente. Uno de los primeros efectos de esa dulcificación de la condena fue la posibilidad de comunicar finalmente con sus corresponsales más queridos y cercanos. En una de sus cartas, escrita en latín, desvelaba a Ceán su músculo moral más profundo, la reserva de ánimo a la que la adversidad le había obligado a recurrir para su supervivencia: «Y es que siempre, desde los comienzos de mi juventud, ha sido mi mayor afán el de esforzarme por robustecer y guarnecer mi ánimo, tanto con vistas a la moderación en la prosperidad como a la paciencia en la adversidad»: filosofía y actitud que, junto con el mucho prestigio que aún conservaba Jovellanos y el creciente desprestigio de sus carceleros, consiguieron sin duda seducir a muchos de sus guardianes y también a buena parte de las clases altas de la vecina ciudad. De hecho, al cabo de un tiempo, la crema de la sociedad palmesana llegaría a convertir las visitas al cautivo de Bellver en uno de los actos más estimados de su agenda social.

Pero quizá lo más curioso es el modo en el que el espíritu del cautivo impregnó y transformó el recinto de su cautiverio. Fue una conquista desde dentro; una «colonización» del lugar por una progresiva emanación del resuelto carácter del prisionero, que poco a poco consiguió convertir sus dependencias en el trasunto, si no de un hogar que siempre vería en el viejo solar gijonés, sí de un acogedor y bien provisto lugar de trabajo en el que también podía recibir con decoro a sus visitantes. Cuadros, grabados e incluso una nueva biblioteca lo arroparon en sus actividades intelectuales, que se multiplicaron en Bellver: estudió mallorquín; trabajó en torno a la *Crónica* de Jaime I y la obra de Llull; volvió a los clásicos grecolatinos con su Mediterráneo a la vista y, en definitiva, se impuso una rutina externa que consiguió ordenar también su ánimo. Esa conquista del espacio bellvérico se prolongó extramuros con los largos paseos, en solitario o acompañado, por los frondosos bosques y las playas de los alrededores.

Como resultado de esa concienzuda «colonización», el «compendio de la vida interior y exterior» que Jovellanos remitía a González de Posada en 1805 no se parecía en absoluto a la descripción del día a día de un reo de Estado: resumía más bien una vida fructífera que don Gaspar sobrellevaba cada vez mejor, «con buenos libros, y vastísimos, y también variísimos proyectos literarios para ocupar las mañanas; y con encuadernación de libros, siesta, chaquete, lecciones de gramática para entretener tardes y noches, y una partida de béciga o malilla».

Entre esos «variísimos proyectos» tuvo una importancia singular la atención que el atareado prisionero dedicó al propio lugar de su prisión. En una impagable demostración de esa libertad de espíritu que Jovellanos consideraba, en su *Epístola a Posidonio*, imposible aherrar, el cautivo tomó Bellver como objeto de estudio y realizó, con el conocimiento profundo y los datos de primera mano que le proporcionaban sus muchos días entre los muros de la fortaleza, unas *Memoorias histórico-artísticas* como aportación a una historia de la arquitectura en la que estaba trabajando el importante historiador que era ya Ceán.

Tomando como núcleo de su trabajo el castillo, Jovellanos escribió además una serie de penetrantes estudios sobre el gótico mallorquín, sorprendentemente exactos si se tiene en cuenta que se documentó desde su encierro y realizó las observaciones de campo con ayuda de un catalejo —y unos ojos extenuados— desde la colina de Bellver: en verdad, un belvedere, un privilegiado observatorio de la catedral, la lonja o los conventos de Santo Domingo y San Francisco. Su detallado análisis reforzó el creciente aprecio de don Gaspar por la arquitectura gótica (que él propone llamar *ultramarina*, porque nada ve de godo en ella, y sí mucho de oriental). Para rematar con su proverbial rigor ese trabajo, Jovellanos llegó a organizar un verdadero equipo de investigación cuya eficiencia resultó asombrosa. El resultado fue un excelente ejemplo de los nuevos derroteros que esperaban a la historiografía a partir del siglo siguiente, e incluso ya en el lejano xx: documentación exhaustiva, atención a los detalles cotidianos e incluso nimios, sensibilidad interpretativa y rigor histórico.

Una nueva sensibilidad

Bellver fue, además, la retorta donde las intensas experiencias del cautiverio, la naturaleza disfrutada a conciencia y la arquitectura precipitaron el destilado de una nueva mirada, filtrada por criterios estéticos ya muy distantes de los del idealismo clasicista, rococó y racionalista que Jovellanos había profesado en su juventud. El acercamiento al paisaje y sus detalles con ojos de naturalista aficionado, minucioso y casi científico, y la vindicación de la arquitectura gótica —que llega a poner en pie de igualdad con su antiguo modelo, el clasicismo grecorromano— manifiestan un momento de madurez intelectual en el que cobran importancia nuevos valores; en particular, lo sentimental, los efectos emocionales del arte, más allá de la mera constatación del ideal clasicista en la obra y del placer casi puramente intelectual que de ahí podía derivarse. Más que rastrear la presencia de esa belleza modélica en las mejores realizaciones de la historia del arte, a Jovellanos le in-

teresaba a aquellas alturas de su vida abrirse a las conexiones entre la naturaleza y el arte —muy especialmente la arquitectura—, y los efectos de la obra sobre «la facultad sentimental de nuestra alma».

De este modo, en el debate entre lo que él llama «idealistas y naturalistas», don Gaspar parecía finalmente adoptar una postura intermedia, muy propia de su talante conciliador, entre el intelectualismo de los primeros y el excesivo apego a lo particular de los segundos; pero indudablemente tendía a acercarse a la realidad de las cosas, no sólo a su idealidad estética, como ya lo había anunciado la fina sensibilidad hacia el paisaje delatada en sus diarios o su consolidado aprecio por la «verdad» tal y como habían sabido pintarla Velázquez, Murillo o como la estaba pintando su heredero, Goya. También la detectaba don Gaspar en el arte inglés del momento, interesado en la variedad y la inmediatez de lo «pintoresco», que buscaba la belleza en la naturaleza tal cual ésta es y no en las representaciones ideales de la naturaleza canonizadas como clásicas. En su opinión era precisamente eso —mirar hacia las cosas— lo que habían hecho los grandes artistas grecorromanos, y lo que confirió justamente el carácter clásico a su obra. La extremada sensibilidad hacia el paisaje que había mostrado en las anotaciones de sus viajes ya anunciaba la afinidad con esa tendencia.

Lo asombroso es que, aislado o al menos privado de un contacto fluido con el mundo en su largo encierro, Jovellanos estuviese de nuevo sintonizando con el decisivo viraje que se estaba produciendo en las mentalidades y los gustos en Europa. Filósofos y artistas habían empezado a desconfiar del intelectualismo ilustrado, del ingenuo optimismo progresista y el inhumano mecanicismo científico y volvían sus ojos hacia un nuevo repertorio de temas y valores estéticos: la sensibilidad individual, la naturaleza en plenitud, lo sublime, lo gótico, la Edad Media y el *ethos* caballeresco, la imaginación... Las observaciones de don Gaspar; sus «ilusiones bellvéricas», ensoñaciones literarias en torno al pasado del castillo o su congoja por las talas masivas de los bosques que lo rodeaban ya no poseían simplemente la impronta utilitaria del ilustrado ni

la rigidez de las antiguas referencias clásicas. Eran minuciosamente empíricas (como su texto sobre un insecto desconocido que llegó a llevar, en su honor, el «apellido» *jovellanensis*) o abiertamente imaginativas, como las que dedica a su imponente prisión: «Alguna vez, al volver de mis paseos solitarios, mirándole a la dudosa luz del crepúsculo, cortar el altísimo horizonte, se me figura ver un castillo encantado, salido de repente de las entrañas de la tierra...».

Hombre libre en nación cautiva

Algo del espíritu prerromántico que electrizaba ya la atmósfera cultural europea se detectaba, pues, en el aire del Bellver de Jovellanos; aunque no era tanto una epifanía de los tiempos como el destilado de una experiencia estrictamente personal: la de un hombre solitario que se forjaba un mundo con todos los recursos a su alcance y que, en el curso de esa operación, llegó a reproducir en su propia escala algunas de las convulsiones que la crisis final de la Ilustración y de su consecuencia política más notable —la revolución francesa— habían legado al siglo XIX.

Esas sacudidas tenían en aquel momento nombre propio: el de Napoleón Bonaparte. El 19 de marzo de 1808 Carlos IV abdicaba en favor de su hijo Fernando de Borbón, cediendo a las maniobras de éste para ocupar el trono. En ese gesto desesperado se consumaba el estertor final de un reinado y el primer vagido de una sangrienta guerra de casi seis años. Un conflicto que iba a desencadenar sobre el territorio peninsular todas las tensiones acumuladas durante la segunda mitad del siglo XIX en Europa, y a alimentar también todas las que se iban a prolongar en España durante mucho más de un siglo. El llamado *motín de Aranjuez*, que estalló el 17 en el Real Sitio y supuso la humillante caída de Godoy a instancias del impaciente príncipe Fernando, precipitó, tal y como éste deseaba, la sucesión en el trono; pero facilitó también las maniobras invasoras de Napoleón, cuyos ejércitos, en cumplimiento del Tratado de Fontainebleau, habían ido tomando posiciones en

varias ciudades del país como teóricos aliados en la invasión de Portugal.

Para el prisionero de Bellver esta nueva situación iba a significar, en primera instancia, el final de su encarcelamiento. La amnistía general concedida por el nuevo monarca a todos los presos políticos se plasmó para Jovellanos en una orden ministerial redactada —es de suponer que con el mayor disgusto— por el aún ministro José Antonio Caballero el 22 de marzo; la orden llegaba a Bellver a las 20 horas del día 5 de abril y a través de ella, y de manos del capitán general Vives, el cautivo recibía la escueta noticia: el rey se había «servido alzar a V. E. el arresto que sufre en ese castillo de Bellver» y le permitía «venir a la corte».

Según los diarios, la primera idea de don Gaspar, que cumplió de inmediato, fue partir hacia Valldemosa «para dar gracias a Dios por su libertad e implorar su protección a favor del nuevo rey», desoyendo así las órdenes de Vives para que se dirigiera a Palma; la segunda, seguramente, aunque esta vez no dejase constancia de ello en ese preciso instante, fue la de intentar cuanto antes obtener del nuevo rey la justicia que su padre le había negado. Para ello, el 18 de abril don Gaspar remitía a Fernando VII un escrito en el que le solicitaba la restitución formal de su inocencia y su estadio previo a la prisión, ofreciéndose para someterse a juicio si ello fuera necesario: otro de los deseos que Jovellanos no vería nunca satisfecho. Cuando esa carta llegó a la corte, Fernando ya había salido de Madrid en un largo viaje que emprendió en calidad de nuevo rey de España, pero que concluyó con las abdicaciones de Bayona y su traslado a Valencey como prisionero de Bonaparte.